

Pedro Simón  
Los incomprensidos



ESPASA

PEDRO SIMÓN  
LOS INCOMPRENDIDOS



© Pedro Simón, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Primera edición: noviembre de 2022

Depósito legal: B. 19.119-2022  
ISBN: 978-84-670-6437-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

## JAVIER

Esa niña de la foto me quiere muerto.

En el retrato enmarcado que ahora puedo sostener entre las manos sin que me tiemblen, aparece muy contenta jugando en Pirineos. Acaba de cumplir trece años, lleva una trenca verde, levanta los brazos como si quisiera abarcarlo todo y tiene la cara colorada de la emoción y del frío. A sus pies está Roberto, tirado en el suelo posando como una maja desnuda, solo que abrigado hasta arriba con un anorak. Han hecho un muñeco de nieve y luego, entre risas, la mayor le ha arrancado la cabeza.

Todavía no están cansados.

Todavía todo está intacto.

En ese instante, Inés ignora que llegará un día en que me querrá matar.

O, por lo menos, no sabe que llegará un día en que deseará que se estrelle el avión en el que viajo. Y que me lo dirá con voz serena, un par de horas después de que yo entre por la puerta tras haber venido de la feria del libro de Frankfurt. Que me lo dirá porque le he reclamado que recoja su habitación o algo similar. Que me lo dirá como quien no quiere la cosa, como quien dice ojalá hubiera pedido *pizza*

cuatro estaciones en vez de *pizza* boloñesa: ojalá se hubiese estrellado el avión.

Pero estaba hablando de una foto. Una foto enmarcada que sigue inamovible como todas las fotos. Pero que, con el paso del tiempo, dice una cosa de mí: yo sí me he movido, hoy puedo mirarla.

Atrás se ve el comienzo del camino y de la montaña. En la parte baja del encuadre, asomando de un modo tímido en la imagen, se proyectan en oblicuo dos sombras invasoras que somos su padre y su madre, esa forma de estar, a veces, torcida y oscura.

Recuerdo el momento justo de antes de la fotografía que sostengo entre mis manos y el de después.

El momento de antes: fueron las notas de Inés. Le habíamos prometido que iríamos los cuatro de excursión a aquella casa rural si en la primera evaluación sacaba buenas notas.

—Mi viaje —dijo nada más darnos el boletín.

Así que viajamos hasta aquel pueblecito de postal aprovechando un puente. Nos hospedamos en un hotel confortable. Amanecemos temprano los cuatro, igual que cuando madrugamos sin necesidad de un despertador porque quieres exprimir el día desde la primera luz. Desayunamos con esa alegría que solo te procura uno de esos interminables bufés. Nuestros dos hijos envolvieron comida en una servilleta y se la metieron en los bolsillos. Luego nos subimos al coche y fuimos hasta el comienzo de aquel camino que se nos tragó.

Un camino que acabaría siendo una fauce abierta. Una cicatriz serpenteante. Una línea indescifrable de la mano. El arañazo de un surco.

—Ponte ahí con tu hermano —le pedí antes de empezar la caminata.

Y disparé.

El momento de después: Inés vino corriendo sin bajar los brazos y se tiró a darme un beso mientras yo seguía en cuclillas. Caímos, la vieja Nikon de mi hermano Paco rodó por una peña y el objetivo se partió en dos.

Aquella fue la última fotografía que hice del viaje.

No hubo más excursiones así.

Luego ocurrió aquello.

Sí. Fue como si se abriese una pequeña grieta en una esclusa que creíamos inquebrantable y todo se fuera inundando poco a poco. Gota a gota. Con la rutina y el transcurso del tiempo. Hasta ahogarnos en pena y silencio.

Ya no me abrasa esa foto enmarcada de la cómoda. Aunque me pese entre las manos como un yunque, ya puedo cogerla. Inés creció muy deprisa a partir de aquel puente. Ahora que lo pienso, de eso va esta historia precisamente.

De los objetivos rotos.

\* \* \*

He deshecho la maleta después de llegar del aeropuerto, siento la frase despiadada de Inés como un cepo que hubiese pisado al poco de entrar en casa: el dolor que no te suelta, el recuerdo de una trampa oxidada.

Todos se han ido. Entonces veo la vieja fotografía ahí y me acerco como si me interpelara.

Pienso en la foto. Pienso en la cámara. Pienso en el clic. Justo en ese clic. En lo que tienes delante de un modo muy

nítido en ese mismo instante y ni sabes apreciar: una imagen hermosa, la sonrisa de los dos, juntos, buena luz, buen encuadre, todo lo que se puede tener y siempre das por seguro.

Frente al retrato sostenido por unas manos que ahora no tiemblan y que al principio lo hacían como un búnker con las bombas, también pienso en lo que a veces viene después de darle al botón de disparar. En las sombras que acechan en todas las fotografías infantiles. Porque la vida de una familia cualquiera responde a la leyes inexorables de la óptica: para que haya sombras antes tiene que haber luces.

La luz prendió el día en que Celia me dijo que estaba embarazada. No he vuelto a ver una explosión así. Hablo de los primeros paseos con la mochila portabebés a la espalda. De esa forma en que entonces te querían los hijos y ya nadie te querrá jamás. De aquellos días ingenuos de los treinta en que Celia y yo todavía pensábamos que no seríamos como los otros padres. De los juegos de mesa entre los cuatro al principio, acalorados y felices.

Y más tarde, nada.

Y poco a poco, las sombras. Como una tormenta que se te anuncia a lo lejos y llega sin prisas, inexorable, segura, la derrota del horizonte.

Hablo de hoy. De las interminables horas con la puerta cerrada de su dormitorio, de los mutismos, de los malentendidos, de la mecha de la rabia siempre ahí, de su frustración y también de la nuestra, del brillo de sus ojos y también de su silencio.

Esta tarde, por ejemplo, nada más volver del instituto, sin venir a cuento, Inés me ha dicho del tirón: Yaestamos-quépesadoeres.

Ha llegado a casa a las tres de la tarde, ha entrado sin despegar la vista del móvil, le he dicho hola, qué tal hija, me ha contestado hola sin mirarme. Le he pedido que no deje ahí la mochila y que se lave las manos. Ya voy. Le he calentado la sopa y le he puesto el filete recién hecho, le he dicho, venga, ven a comer. Ya voy. Como no ha venido, le he dicho que se le iba a enfriar la comida. Ya voy. Le he repetido por tercera vez que deje el móvil. Ya voy. Que, por favor, Inés. Ya voy.

Ya voy. Ya voy. Ya voy. Ya voy. Ya voy. Ya voy. Ya voy. Ya voy. Ya voy. Ya voy. Si nos dieran diez céntimos cada vez que nos dice ya voy, habríamos pagado ya la casa. Pero no viene.

Cuando por fin lo hace, tiene puesta la mesa, el agua, la servilleta doblada, el pan, los cubiertos, la alfombra con la cabeza disecada del padre para que se limpie los zapatos. Al fin hablamos, un extraño modo de utilizar el plural.

—Bueno, ¿qué tal todo? —lo intento de nuevo.

—Bien.

—¿Qué tal fue el examen?

—Normal.

—Normal para cuánto. ¿Normal de un cinco o normal de un siete?

—Pues normal, hijo. —Me pone enfermo cuando llama hijo a su padre.

—Ya.

[Silencio de treinta segundos. Se oye el sonido de las cucharas. En la televisión que ha encendido y no mira, el hombre del tiempo anuncia un temporal].

—¿Has quedado el sábado con Marina?

—No sé.

—Ya, bueno, tu madre decía de ir al cine... si te apetece.



—Yo paso.

[Suena un mensaje en su teléfono, se levanta de la mesa, le digo que no se levante, va a ver el mensaje, regresa].

—Bueno, pero cuéntame algo, hija, que nunca me cuentas nada.

—¿Y qué quieres que te cuente, si no hay nada que contar?

—No sé. ¿Tienes muchos deberes hoy?

—Sí, supongo, no sé.

—Pues ya le puedes dar caña, porque están los exámenes a la vuelta de la esquina.

—Ya estamos, hijo, qué pesado eres.

Ahí va cayendo el objetivo a velocidad superlenta, a punto de impactar con una peña de Pirineos. Yo hago un ademán instintivo, pero no logro agarrar la correa de la Nikon. El gran angular golpea la roca y se parte en dos. Me agacho. Lo recojo de entre la nieve. Soplo en la lente rota. Me acuerdo de mi hermano mayor partido en dos, sin arreglo ninguno, como su vieja cámara. Miro a Inés muy serio. Está al borde del llanto. Luego se me abraza.

Han pasado tres años desde aquel abrazo. Lleva horas en la habitación. Sale a cenar como si le debiéramos algo, la vida, dinero, disculpas, un respeto, explicaciones; termina; regresa a su cuarto.

Antes de darme la vuelta hacia mi izquierda en la cama, justo después de comentar el incidente del agrio recibimiento de nuestra hija, le he dicho a Celia que, a veces, cuando veo a Inés observándome de ese modo, pienso que esa niña de la foto que tenemos en la mesilla hoy me mira de un modo como si me quisiera muerto.

\* \* \*

Hace no mucho, los viajes no terminaban hasta que no revelabas las fotos. Podías haber estado fuera un fin de semana o quince días y llevar otro tanto en tu casa de vuelta, pero aquel viaje tuyo no estaba acabado del todo hasta que no veías con el otro las fotos.

Antes habíais ido a la tienda con dos carretes de treinta y seis, pongamos. Habíais elegido brillo o mate, sin marco blanco o con él, tamaño normal o algo más grande. Y luego, al cabo de un par de días o por ahí, ibas entusiasmado al estudio de revelado a recoger las fotos como el que se sube de nuevo a un crucero.

—No las veas sin mí —te habían advertido—. No se te ocurra verlas solo, las vemos juntos después.

Pero tú abrías desobediente el sobre un poco, nada más que un poco, para ver al menos la primera foto, igual que hacen los presentadores de la gala de los Óscar para conocer el nombre del premiado. Esa curiosidad y esas ansias. Nada más que la primera foto. Y luego volvías a cerrarlo.

Entonces ya sí, durante la tarde, en casa o en una terraza, ibais pasando una a una las imágenes de lo que habíais sido hacía tan solo tres semanas, muy juntos, volviendo a empezar un viaje como de Cinexin esta vez, fotograma a fotograma, suspiro a suspiro, recuerdo a recuerdo.

—Esta está desenfocada.

—Aquí me sacaste con los ojos cerrados.

—Esta está oscura.

—Esta es preciosa, parece una postal.

Otra más.

Y otra.

Decenas de ellas.

Y ya.

Acababas de verlas, las volvías a ver de nuevo, al cabo de los días las ponías en un álbum como si fueran esquelas de ti mismo y sanseacabó, viaje terminado, ahora sí que sí.

Si desperdiciabas media docena de fotos en un carrete de veinticuatro, estabas jodido.

Las cámaras de entonces no te dejaban equivocarte y las de ahora sí.

La Nikon de mi hermano Paco era de las primeras.

Hoy el viaje no ha terminado y las fotos de hace tan solo dos días ya te parecen viejas.

Hoy te puedes equivocar.

Hoy puedes desperdiciar todos los clics que quieras. Gastar sin límite. Enviar al instante. Ampliar. Reducir. Borrar a quien no te guste.

Cortarle la cabeza igual que al muñeco de nieve.

\* \* \*

Lo bueno de cuando teníamos una casa pequeña es que los niños no tenían escapatoria. Si querías concitar su atención, si querías hablar cara a cara con ellos, si querías que vinieran a pedirte perdón o a hacer algo todos juntos, era casi imposible que no lo acabaran haciendo. La única estancia donde había un televisor, buena luz natural, sofás y espacio suficiente como para volcar las cajas de juguetes con desahogo y sin tropezarse era el salón.

Aquellas cajas de juguetes que volcabas como si fueras el mismísimo Dios y, desde arriba, le pusieras deberes al mundo.

Aquel modesto salón que era un arca de Noé donde, a salvo de truenos y relámpagos, nos salvábamos los cuatro apretaditos.

Ahora no. Ahora Inés se va a la buhardilla de cuarenta metros y echa el pestillo. O se encierra en una habitación (solo suya) más grande que el salón de aquella primera vivienda. O se baja al garaje que tenemos habilitado como zona de copas y se pone a escuchar música con los cascos para no oírnos, imagino.

Lo malo de tener una casa grande es que tocas a más metros, pero a menos gente.

Puedes tirarte un fin de semana entero sin saber muy bien dónde está el otro, apenas coincidiendo para cenar en silencio o ni eso. Una pantalla en cada cuarto. Dos equipos de música en ambientes distintos. Metros y cerrojos y escaleras y mucho wifi de por medio. Dónde se ha metido ahora Inés, por qué se ha enfadado esta vez, qué le hemos hecho hoy.

No siempre fue así, no siempre tuvimos tantas cosas.

Si compramos un chalé de casi trescientos metros en Boadilla del Monte y dejamos el piso de setenta y cinco de Carabanchel Alto, fue pensando en Inés y en Roberto. Un día Celia dijo, con razón, que en esa casa no cabíamos los cuatro y que no quería que, cada vez que íbamos a comprar pan al chino, los niños tuvieran que oler a porro en los soportales.

Acabábamos de heredar tras el fallecimiento de mis suegros. Eran los años en que ella había conseguido la plaza en el hospital y en que la ruinosa editorial que me empeñaba en mantener abierta empezó a crecer gracias a la venta de novela negra por internet.

Durante algún tiempo, los amigos que se habían ido a vivir a Aravaca, al Pasillo Verde o a la propia Boadilla del

Monte todavía nos preguntaban con extrañeza que si pensábamos seguir viviendo en Carabanchel Alto. Enarcando las cejas con asombro indisimulado cuando les contestabas que sí. Como si lo normal fuera no seguir ya en ese barrio popular y mudarse a uno mejor, a uno como el suyo, supongo. Como si ya hubiésemos hecho méritos para pasar esa pantalla de la Play, pero Celia y yo siguiéramos en bucle allí dentro con el niño y la niña, disparando a porreros, jubilados y ecuatorianos con el joystick.

—Bueno —les decía—, es que a mí me gusta mi barrio, crecí aquí, estudié aquí, mis padres viven aquí, todo aquí —me excusaba, oliendo el vino para darme más tiempo—. Además, mi hermana Clara vive cerca, que a veces nos echa una mano. Y luego está la niña, que no quiere separarse de sus amigas, menuda es.

A veces íbamos a sus bonitas casas a cenar. Chimeneas de piedra. Cocinas americanas de zinc. Áticos con vistas a un hormiguero de luces. Un mes, a una casa. A los tres o cuatro meses, a otra. Así, hasta que llegaba nuestro turno y les abríamos la puerta de nuestro piso de setenta y cinco metros y dos dormitorios.

Yo creo que a Celia le daba cierto apuro. Nos acomodábamos todos como podíamos en torno a la mesa desplegable del Ikea. Antiguos alumnos del instituto, clase media bien, aprovechando la sobremesa para ver quién aparentaba ser más listo o se había ido más lejos en vacaciones.

Una noche, pasado de vino, interrumpí la velada golpeando una copa con una cucharilla, como si tuviera que anunciar algo importante, y les conté que la mayoría de las sillas en las que estábamos sentados los diez las había

pillado yo esa misma mañana en El Corte Inglés que había cerca de casa, con la intención de devolverlas al día siguiente.

—Chicos —solté en medio de varias carcajadas—, es que no me caben diez sillas en este salón y no había otra manera. Así que no vayáis a mancharlas, que me joden y no me devuelven la pasta.

A la mayoría se le saltaban las lágrimas. Fueron alabados mi ingenio y mi espontaneidad. Todos se rieron mucho. Celia menos.

A la mañana siguiente me dijo que, desde ese mismo instante, cuando nos tocara a nosotros invitar, mejor lo hacíamos fuera.

Entonces, en el reservado de El Recodo o en El Sur, mientras se llevaban una croqueta a la boca o un calamar, es cuando nos preguntaban aquello que ya habíamos respondido media docena de veces.

¿Y no habéis pensado en mudaros alguna vez? Y yo: Pues no. Y ellos: ¿Y los niños qué dicen? Y Celia: Están encantados con sus amigos. Y ellos: ¿Y algún día habéis visto a Rosendo por la calle? —como si Rosendo fuera el abominable hombre de los Carabancheles—. Y yo: Nunca, nunca lo hemos visto. Que yo pensaba que lo más seguro era que Rosendo también se hubiese ido ya a Boadilla o a Galapagar o, mejor aún, a Manhattan, para no aguantar a mis amigos.

Hasta que aquel día fuimos al chino a comprar pan y regalices negros después de un paseo e Inés nos preguntó qué era eso que estaban fumando aquellos chicos en los soportales y que olía tan dulce.

Eran las doce de un mediodía soleado.

Esa tarde Celia se puso a mirar chalés por Idealista.

Ya no paró hasta encontrar uno que le cuadró en Boadilla del Monte.

\* \* \*

Hace un mes que volví del viaje y mi hija me recibió de aquel modo que a cualquiera le costaría olvidar. He pasado la mañana trabajando en casa. Mientras estoy con una novela negra, me ocupo de la comida. Hasta que suena el timbre. Es ella.

Inés ha tirado la mochila a los pies del perchero nada más entrar por la puerta como si fuese la piel de un animal muerto. Como si fuese una presa de caza y yo fuera su perro pointer, uno que, supongo, debiera agacharse, recogerla con los dientes, llevársela a su cuarto y luego esperar un hueso jadeando y con las orejas tías.

Inés ha tirado la mochila y le he pedido que no la deje ahí, que la lleve a su habitación.

—Haz el favor, hija. —Yo.

—Ya voy. —Ella.

Pero Inés no me va a hacer el favor, Inés no está aquí ni ahora, y tiene algo dentro que teje y desteje y le enmaraña el alma.

Cuando su madre llega del hospital, ya es de noche, como siempre. Hablamos lo justo del trabajo mientras frío las patatas, ella me dice cuántos nuevos ingresos ha habido y yo le cuento qué me está pareciendo la nueva revelación de la novela negra española. De Lemaitre para arriba.

Inés sale de su cuarto sin dejar de mirar el móvil y se deja besar por su madre, le hace ese favor.

No es una mala relación la que tenemos, no es eso. Es como si no hubiera relación, como si el paso del tiempo hubiese impuesto un silencio y desanudado todo eso que nos ató bien cerca y que nos mantuvo juntos.

Nos dice que mañana ha quedado en el parque, apenas cena, pregunta si alguien ha visto su cargador, le digo que no puede dejar las zapatillas en medio del pasillo, me dice ya voy. Luego vuelve a encerrarse en su habitación. Por debajo de su puerta se refleja una franja de luz tenue. Es un buen resumen: en ese resplandor mortecino se ha convertido.

—¿Qué tal está hoy? —Celia me hace la pregunta de rigor.

—Pues como siempre, ya sabes —le contesto.

No siempre fue así Inés.

Si tuviera que decir cómo era todavía Inés en aquella foto de Pirineos en que posa con su trenca verde, levantando los brazos con su hermano tumbado en el suelo, diría que era la hermana mayor, pero parecía la pequeña: buena, ingenua, tímida.

Por entonces, hacía las tareas que le encomendabas sin un solo reparo y se esforzaba para agradarnos. No era la mejor con un balón en las manos, pero era todo voluntad. Jugaba, reía, nos buscaba siempre, contaba sus cosas, era una niña más.

Sin embargo, siempre alimentaba un velo de misterio.

De repente, cuando menos lo esperabas, se quedaba ensimismada durante unos segundos, igual que si hubiese recordado algo, atascada en otro lugar y en otra era, a cinco años luz. En ese trance, ella te contestaba con un «Eh» previo y defensivo, su manera de darse tiempo a responder las preguntas. Entonces la íbamos trayendo de vuelta



poco a poco, igual que cuando se recogen las redes de pesca, Celia tirando y tirando (siempre Celia como el capitán Ahab), recogiendo cuerda una y otra vez, una y otra vez, hasta tenerla de vuelta.

Eran unos mutismos llamativos, como de alguien que estuviera allí delante nada más que en cuerpo, pero no en alma. Como si un remolino invisible tirara de ella hacia abajo en medio de un pantano oscuro, hacia lo profundo, asida de los tobillos por una bestia abisal. Y nosotros permaneciéramos allí arriba, en la superficie, tratando de mantenerla a flote.

—¿Prefieres ir al parque o a la avenida?

Y ella: Eh, al parque.

—¿Te hago otro filete, Inés?

Y ella: Eh, vale.

—¿Quieres que Roberto nos lea en voz alta?

Y ella: Eh, bueno.

Roberto sigue exactamente igual. Esa sonrisa de foto publicitaria que preside el salón. Esa obsesión suya por el orden que se refleja en su habitación intacta. Su popularidad.

Pero yo estaba hablando de Inés. De la mayor. Hoy en día nos preocupa Inés, no Roberto.

Fue a la vuelta de aquel viaje por sus buenas notas cuando todos cambiamos para siempre, pero creo que Inés más. Primero fue la forma de ser, menos cándida, más inabordable. Luego fue el aspecto, la dejadez, el descuido del pelo, la ropa ancha. Al cabo de los meses fue el cuerpo, su cuerpo de adolescente morena que pedía paso, un cuerpo que ensanchaba de aquí o de allá, que erupcionaba con un géiser de granos o con una poblada cordillera de pelusa en los brazos.

Hoy charlas con los otros padres y la mayoría te cuenta historias parecidas a esa edad.

No hablo de los casos más extremos que conocemos: Valentín y Elena están muy preocupados porque Iván no quiere estudiar y creen que pasa costo; coincidiendo con la separación, la hija de Cristina empezó con una depresión; José y Paloma ya no saben qué hacer con el mellizo, me cuenta Celia: «El otro día Álvaro le apretó el brazo a su madre y ella todavía sigue con manga larga, a ver, para que no se le vea la marca».

Y luego añade: «No nos podemos quejar».

No hablo de los casos más extremos que conocemos, sino de lo normal. De que Inés no está sola ahí fuera. De que llegan a casa y no te cuentan nada, de que se encierran horas y horas en su cuarto, de que se les olvidan cosas que antes no. De que hacen gestos que antes tampoco.

Mi hija la mayor ya no dice Eh para contestar. Dice No. O Ya voy. O Quépesadoeres.

Hablo de que podrían tirarse un fin de semana entero yendo del móvil a Netflix, de Netflix al Instagram, del Instagram a YouTube. Saltando de rama en rama como aquella ardilla que cruzaba España sin tocar el suelo desde Gibraltar a Pirineos.

Pirineos, he escrito Pirineos.

Los cuatro en Pirineos. Siempre terminamos allí. En esa foto.

\* \* \*

El otro viernes, nada más aterrizar de otro viaje dos meses después, cuando fui a la nevera a por una cerveza y ella se

disponía a salir, Inés me preguntó: Papá, ¿tú cuándo te emborrachaste por primera vez? Celia me miró porque conoce la historia: fue a los catorce, con orujo, coma etílico. Pero le mentí, claro.

Y luego le di un largo trago a la cerveza.

Porque los hijos crecen y tú les sigues mintiendo. La única novedad es que cambias el tipo de mentiras. Si antes era que había un ratoncito llamado Pérez o que los Reyes Magos entraban por la ventana, ahora la gran mentira es que tú te esforzabas mucho estudiando a su edad, que tú no andabas a por uvas con sus años, que si te lo curras mucho en el instituto tendrás una recompensa en la vida, que a los dieciséis no te habías emborrachado.

—Mentiroso —me soltó Inés cuando le dije que yo creía que nunca me había emborrachado—. Me lo ha contado todo tía Clara. Ya te vale. A los catorce. Coma etílico.

Traté de bromear.

—Mentiroso —repitió, me sonrió con los ojos.

Y esa sonrisa mínima me recordó a los tiempos no rotos, al olor a tierra mojada en verano, a cosas que te gustan y ya casi olvidaste.

No creo que el hecho de crecer, de llegar a la adolescencia, sirva para justificar que Inés deje de sonreír como lo hacía antes. Pero sí tengo claro que cumplir años tiene que ver con hacerlo de otro modo, con administrar la sonrisa, con prodigarla menos. Como un pájaro desengañado que hubiese escogido estar preso en la jaula en vez de salir.

De niña, siempre llevaba colgada una media sonrisa en la cara, desde que se levantaba hasta que se acostaba, pasara lo que pasara. De adolescente, se la fue quitando.

Bueno, eso y todo lo demás.

Dejó de darnos no ya la mano, sino un beso.

Dejó de leer porque supongo que le recordaba a lo ocurrido.

Dejó de confiar en los adultos, creo.

Dejó de querer viajar.

Dejó todo. Poco a poco. Todo menos las dudas, que se anudaron unas con otras, viscosa y calladamente, bajo las aguas turbias, con vocación de manglar.

\* \* \*

Llevo dos semanas releendo y haciendo anotaciones sobre (lo que queremos que sea) la nueva revelación de la novela negra. Es la historia de una chica llamada Clarence que decide matar a su padrastro porque abusó de ella cuando era muy pequeña. Nuestra protagonista es taciturna y solitaria, no ha superado la desaparición de su padre ni de su hermano. Después de mucha terapia, Clarence logra recordar aquello a pesar de la edad temprana. Lo sabe porque hay una imagen que no logra olvidar: la de mono y saquito de risa. Cada vez que su padrastro iba a la habitación a hacer aquello, ella se quedaba fijamente mirando a los dos peluches. A mono. A saquito de risa. Se concentraba en los muñecos y era como abandonar el cuerpo, como si no fuera suyo, como si no hubiese nada más. Y no regresaba a la realidad hasta que su padrastro se levantaba e iba al baño. Debió de ocurrir en varias ocasiones. Es muy difícil acordarse: el cerebro tiende a eliminar lo que le hace daño. Tiene muy grabada la oscuridad de la noche, eso sí, cómo entraba a su cuarto, lo que le hacía, las marcas que le

han quedado en su cuerpo adolescente, pero no recuerda sus manos, ni su voz, ni su cara. La chica tarda muchísimo en contárselo a alguien. Se autolesiona mientras va creciendo. En la adolescencia se deja arrastrar por relaciones tormentosas. Consume alcohol de un modo desmedido. Sufre trastornos de todo tipo. Pero sigue en su mutismo. Hasta que un día, después de pensárselo mucho, después de hablar con la única amiga que tiene en el instituto, decide contárselo todo a su madre.

Ese es el argumento central de (lo que queremos que sea) la nueva revelación de la novela negra española. Una historia que habla del horror, pero también de la culpa, me aclaró la autora cuando hablamos por Zoom, los dos en pijama, por cierto.

Lo bueno del teletrabajo es que estás más con tu familia.

Lo malo del teletrabajo es que estás más con tu familia.

Releo la novela (tiene algunos fallos, pero ninguno importante), mientras caliento el puré y pongo un par de cucharadas de aceite sobre la plancha para hacer los filetes. El texto me ha removido el estómago, siento una ligera arcada haciendo la comida, me noto tenso y meditabundo. No es de extrañar. A las tres en punto sonará el telefonillo y será Inés.

Su madre está fuera. Roberto no va a venir hoy. Mañana tampoco.

—¿Sabes que dentro de dos semanas sale la nueva temporada de *Stranger Things*? —le pregunto a Inés por preguntar, por sacar un tema que me la acerque. Muchas veces solo va más allá del monosílabo si le hablo de series, de una noticia muy escabrosa, de comprarle algo.

—Vale.

—Vale qué.

—Que vale, que me parece bien. Que la vemos. Si queréis.

—¿Te apetece que salgamos a comer mañana?

—Me da igual. —Se encoge de hombros—. Como queráis.

—¿Algún sitio en concreto?

—Me da igual.

—¿La Tagliatella?

—Ya te he dicho que me da igual, hijo.

Y ahí se termina la conversación y se abre su sima. Y mi hija no me lanza ninguna pelota bien lejos para que corra a cogerla y así juguemos juntos. Y el perro pointer en que me he convertido se marcha sin recibir su hueso.

Sí, con el paso de los años, la vida es menos de fiar: por cada certeza que tengo, me asaltan cuatro dudas.

¿Por qué a veces Inés se comporta conmigo como un personaje literario que hace todo lo posible por caer mal, uno que casi no tiene diálogo, uno con el que te entran ganas de cerrar el libro?

Recoge la mesa y se va a su cuarto.

Sigo con la novela.

\* \* \*

No fue una elección sencilla, no.

Hasta que Celia no encontró el chalé que buscaba en la web de Idealista no paró. Fueron unos meses febriles y obsesivos los suyos. Se metía a todas horas a navegar con el iPad. A mí me recordaba a un pescador lanzando la caña a un río de aguas rápidas y someras. Recogiendo con el carrete a cada poco. Y persiguiéndome después al igual que si hubiese pescado una trucha: Qué te parece este, ¿eh?;

¿Cómo ves esta fachada?, dime; ¿Cuál de estos tres te gusta más? Pero no te fijes en el precio.

Y vuelta al agua.

Idealista, ya tiene guasa el nombre.

Cuando yo era joven, llamábamos idealista a un tío que se iba a hacer el Interrail durante un mes, a una que iba a una playa nudista, a uno que escribía poemas como mi hermano Paco. Ahora es una marca. Inmobiliaria, para más inri.

Celia era muy idealista. Yo apagaba la lámpara a eso de la una y ella seguía buscando. A diario. Los fines de semana. Como si nos fueran a quitar las casas en Boadilla del Monte: de hecho, nos quitaron una. Fue cuando ella redobló la búsqueda.

La cosa llegó a tal extremo que le pedí que dejara de agobiarme, le dije que lo que ella eligiera me parecía correcto, que por mí hacíamos una obra en la casa de Carabanchel Alto y arreando. Entonces, cuando todavía las cosas estaban bien, empezó a irle con su *idealismo* a Inés.

Se sentaban ellas dos en el sofá como si fueran a ver una película, con palomitas y todo. Dejaban que Roberto revoloteara por allí en pañales y hasta balbuceara una especie de opinión: ¿Te gusta esta, hijo? Y madre e hija descartaban propiedades como el que juega al Monopoly, mientras yo me encerraba en aquel tiempo con los escritores japoneses.

Parecía una lista de Reyes infantil. Una habitación para cada uno. Y un jardín, aunque fuera pequeño. Y una chimenea. Y una buhardilla. Y tres baños mejor que dos. Fue como si mis suegros se hubiesen muerto adrede justo un año antes y todo el dinero quedase para aquella hija que nunca tuvo hermanos.

El chalé de trescientos metros sería la cosa más grande que Celia les daría a Roberto y a Inés. Pero no la única.

La gran lista de la compra de la clase media.

El profesor que les daba clases de inglés online, la suscripción a una plataforma de contenidos para ver series y deportes, el fútbol del niño y el balonmano de la niña, la paga semanal, el móvil que dice que perdió, pero que yo sé que arrojó contra una pared, el telescopio de largo alcance para ver planetas que nos pidió una de las pocas veces que la volvimos a ver entusiasmada con algo, el curso de equitación que nos recomendó la psicóloga y que empezó con mucha ilusión, pero que terminó abandonando, un viaje a Lisboa con el instituto, dinero extra para cenar por ahí, la gran lista de la compra de la clase media.

De la clase media que siente que podría hacer más por su hija, que se siente responsable, que no sabe qué silbato soplar ya.

A veces pienso cuál sería el precio de un abrazo, hija, qué tendríamos que hacer para que levantaras la cabeza y miraras a tu madre.

A veces me doy asco y pena y vergüenza no solo por lo que hice, sino por lo que seguramente no he sabido hacer.

A veces pienso que estábamos mejor en Carabanchel.

\* \* \*

Ahora sé que vivir consiste sobre todo en adaptarse, en aferrarse a la vida a pesar de que nunca caiga una sola gota de agua en tu erial o a pesar del iglú de la costumbre. Lo saben bien los animales de los documentales y lo sabemos en esta familia.



Lo sabe Inés en mayor medida que su hermano. Lo sabe Celia. Lo sé yo. Todos nos adaptamos. Los padres nos adaptamos a los hijos. Los hijos se adaptan a nosotros. Nos adaptamos a Carabanchel sin vistas y a Boadilla con ellas. A los besos y a la falta de los mismos. A lo que dicen a la cara los otros y a lo que escuchamos por su boca a la espalda. A lo que el destino nos pone sobre la mesa y a lo que nos oculta. A los cambios que todo lo perpetúan y a las rutinas que ponen la existencia patas arriba.

Todos nos tuvimos que adaptar en esta familia, varias veces.

Pero la que mejor se adaptó siempre fue Celia, la madre, ese camaleón ecuménico, esa navaja multiusos, esa persona para todo que levanta primero la mano ofreciéndose voluntaria cuando hay que tirarse en paracaídas, taponar una arteria o adentrarse en las líneas enemigas.

Si no fuera porque casi nunca lleva camisa de manga larga, yo podría decir que Celia es una mujer que siempre se remanga. Si no fuera porque no lleva anillos, yo podría escribir que no se le caen. Si no fuera porque está muy atenta a lo que tiene enfrente, yo podría asegurar que no se le pone nada por delante.

Pero Celia no lleva mangas de camisa. Ni gusta de lucir anillos. Dice que le molestan cuando opera, que le parece una obscenidad ver algo hermoso y de oro cuando palpas el pulmón necrosado y oscuro de un recién muerto.

Yo creo que se adapta mejor que los demás por las cosas que ve en la UCI del hospital. Porque una cosa es tratar de arreglar vidas de mentira en una novela como hago yo y otra muy distinta es intentar remediar vidas de verdad, enfermos que funcionan como un espejo, biografías san-

guinolentas que no están sobre el papel, sino que se pueden leer en los alveolos, en el estado de la tráquea, en lo que te dice la pleura arrasada.

Se llamaba Luci. Era muy amiga suya desde el instituto. Una noche durmieron juntas en un campamento, otra vez se enamoraron de un mismo chico, otra vez fueron a un concierto de jazz. Luci había nacido un día antes que Celia. Por eso le recordaba que, a su lado, ella era una cría y que tenía que obedecerla. Reía y no paraba de hablar. Crecieron y estuvieron mucho tiempo sin apenas verse. Pero Luci siempre le enviaba una postal por Navidad, que era correspondida en el mismo día por Celia. Hasta que un mes de enero, hace cinco años, sintió aquel dolor en el pecho y fue a verla al hospital. Desde entonces, se habían vuelto a querer como a los dieciséis. Iban de compras juntas. Cenaban sin las parejas. Un día quedaron con las hijas, que se acabaron peleando por una muñeca, y no volvieron a intentarlo. Luci empeoraba y mandaba callar a Celia cada vez que la neumóloga le regañaba por los excesos del tabaco, por los olvidos a la hora de tomar la medicación. Y entonces, sonriendo, le decía que era mayor que ella y que hiciera el favor de darle fuego.

—Dame fuego, anda, guapa, Celia.

Y ahora Luci tumbada en una mesa de zinc, con su patología severa de pulmón, callada como una muerta, que es lo que es (una muerta) desde las 15.04 (alguien aporta ese dato que a nadie le incumbe).

Celia me contó que la hija de Luci no le dijo nada más que gracias, en la sala de espera del quirófano, cuando le comunicó la muerte mientras el padre vomitaba en el baño.

Que le dijo gracias, en cualquier caso, y que luego le preguntó por Inés, otro espejo.

Llegar a casa después de que se te haya muerto una buena amiga y mala paciente, una que tiene tu edad y una familia que también podría ser la tuya. Llegar a casa y aparcar el coche y preguntarte qué más podría haber hecho yo para salvarla. Llegar, cerrar los ojos en el ascensor y recordar la expresión de la cara de la niña en el pasillo que hay junto al quirófano del hospital, una niña que tiene la misma edad de Inés, el mismo color de pelo, el mismo color de piel, el mismo recorrido, como quien dice. Llegar y tomar aire justo antes de meter la llave en la cerradura, para no romperte, y que al entrar comiences a discutir con tu hija por algo que, en el fondo, te importa una mierda.

—Luego me dices que por qué fumo —me dijo aquel día llorando, a los cinco minutos, remangándose.

\* \* \*

Una vez perdí a Inés.

Fueron solo cinco minutos, pero recuerdo cómo iba creciendo el pánico, la falta de aire en los pulmones, el corazón bombeando sangre y más sangre y amartillando la carótida como si hubiera un incendio, como si me fueran a estallar las tuberías del cuerpo.

Cinco minutos sin hija, nada más que cinco. Trescientos segundos eternos: uno, dos, tres, cincuenta, cien, así hasta trescientos segundos más o menos. El corazón igual que un bombero que no diera abasto. Trescientos segundos en los que no existe nada más que una ausencia obscena, pensando que ya no tienes hija, que te has quedado para siem-

pre sin ella, que ha sido secuestrada por alguien o ha muerto por ahí o ha desaparecido devorada en la casa del terror o bajo el monstruo mecánico de la montaña rusa.

Estábamos en el parque de atracciones. Inés celebraba su cumpleaños con tres amigas. Acabábamos de comer. Celia había ido con Roberto a ver un espectáculo para el que tenían hora y yo me quedé a cargo de las chicas. Recuerdo que hacía mucho calor y que las cuatro llevaban puesta una gorra. Mientras subían y bajaban entre risas y mareos, yo les guardaba el turno en las colas. Buscando la sombra cuando se podía. Sesteando a causa de la temperatura y de los vapores de la cerveza. Creo que cerré los ojos un instante y me dejé llevar, igual que cuando en una piscina tomas el sol sobre una toalla y escuchas de lejos los gritos infantiles, el sonido del agua, las bromas, y todo te va meciendo como si en el mundo nunca pudiera ocurrir nada malo. No sé si me quedé traspuesto un instante.

Cuando abrí los ojos, sus tres amigas me preguntaban por Inés dando saltitos a medio metro de mí, mirando a derecha e izquierda, todavía con la sonrisa en la boca, como si Inés les estuviera gastando una broma a las tres y yo estuviera al tanto de la misma.

Entonces les dije que cómo que dónde estaba Inés, que si no estaba con ellas, que dónde la habían dejado, abriéndome paso entre las tres y dejándolas atrás, arrancando a andar de aquí para allá como si cada paso fuera el último, llamándola a gritos, Inés, Inés, Inééés, al principio no demasiado fuerte y a los diez segundos ya sí, Inééééés, Inééééés, Innnnééééééééssss, gritando su nombre como si pidiera socorro o algo peor, gritándolo aunque la gente me

mirase con cara de extrañeza o de fastidio o de preocupación, el corazón golpeando la caja torácica como si estuviese a punto de reventarla.

Sentía fiebre, tenía la boca seca, quería llorar, la garganta se me cerraba como pinzada por una tenaza, Innééééésssss. Me imaginaba a mi hija engullida por un agujero oscuro, o hecha trizas bajo la estructura de cualquier atracción, o amordazada y sedada ya en el capó de un coche aparcado en las afueras del parque.

Iba, venía, corría, regresaba, confundía a algunas niñas con mi hija, las giraba con brusquedad, me parecía verla en aquella que iba de la mano con un hombre a lo lejos o en aquella otra que se montaba en un vagón con un adulto y se perdía por un túnel lleno de peligros.

Del mismo modo que cuando estás a punto de morir tu vida entera desfila en un segundo por tu cerebro, yo me imaginaba a Celia y a Roberto recibiendo la noticia de mis labios: «He perdido a la niña».

Y pasaban cinco minutos y diez y una hora y tres días e Inés no volvía, y su madre, su hermano y yo seguíamos buscándola. Con carteles puestos en las marquesinas del autobús al cabo de unos días, con campañas en la prensa y en la redes al cabo de otros, volviendo al parque de atracciones una tarde y otra. Inéééés. Más fuerte: Innééééééééés. Más todavía: Innnnnnééééééééés.

Pero estaba solo en el parque de atracciones. Había decenas de personas a la vista, madres y padres que trataban de ayudarme, las tres amigas de Inés llamándola igual que yo, un vigilante de seguridad que me hablaba y al que ni escuchaba. Todos esos se encontraban allí conmigo. Y, sin embargo, estaba solo. Porque en el espanto más insonda-

ble siempre estamos solos. Perdidos igual o más que al que buscamos.

Entonces apareció. Me giré empapado en sudor y estaba allí junto a mí. Con los ojos muy abiertos y la gorra en la mano, abanicándose.

—He ido a hacer pis, papá. Me hacía pis.

Habían sido nada más que cinco minutos. Trescientos segundos en los que envejeces, te ves morir, no le ves sentido a nada.

Perdí a Inés aquella vez.

Nunca piensas que va a ocurrir, hasta que un día sucede y pasan trescientos segundos lo mismo que a lo peor pasan trescientos minutos o trescientas horas.

Y entonces ya está. Ya se acabó todo. Ya da igual que los llames, porque no van a regresar jamás.

Los hijos perdidos. No sería mal título para una novela.

\* \* \*

Cómo sería la novelita nuestra si alguien se atreviera a escribirla. Por dónde empezaría y quién la firmaría de los cuatro.

Si la escribiera Inés, sería una novela indescifrable. Donde no pasaría nada en la superficie, pero bajo tierra habría un temblor antiguo.

Si la escribiera Roberto, sería un texto hermoso y breve. Una novela sin terminar.

Si la escribiera Celia, sería una novela en la que la protagonista tendría un momento de dificultad al principio del libro, pero que terminaría solucionando. La historia de una madre exhausta que piensa que ha fracasado con su

hija. Una mujer como Sísifo: levantándose cada mañana y volviendo a intentarlo y volviendo a intentarlo y volviendo a intentarlo.

Si la escribiera yo, sería una novela agridulce. Hablaría de lo que nos cuesta nombrar, de lo que no tienes huevos a decir ni a desvelar. De un padre que a veces se agobia como un adolescente y necesita poner en un papel lo que no se atreve a contar.

Porque es a mí al que esta tarde le ha pedido un texto Diana, la psicóloga.

Hace ya cuatro años de aquella foto que me pesa como un yunque.

Hay cosas que Celia y yo no nos atrevimos a hablar en su día y por eso solicitamos ayuda. Más que sus palabras, que siempre son precisas, me duelen sus silencios, que yo tomo como reproches inconmovibles. Sus miradas. Su forma de tomar el control a veces. Como quien te dice: quita de ahí y déjame a mí.

Celia y yo acabamos de salir de la terapia de grupo junto a los demás padres. Justo mientras Inés ha estado con la suya. La esperamos. Subimos al coche. Durante la vuelta le preguntamos a nuestra hija qué tal y ella contesta con monosílabos sin levantar la cabeza del móvil.

—¿Tienes planes el fin de semana? —le pregunto.

—No sé.

—¿Tienes mucho que estudiar?

—No.

—¿Qué tal la sesión?

—Bueno.

—Diana me ha pedido que escriba un texto para leerse-lo a los padres —le digo mirando por el retrovisor.

—Menuda chorrada —responde Inés.

—¿Menuda chorrada? —pregunta su madre.

Celia pone música, niega levemente con la cabeza, suspira, cambia de conversación: conduce ella, aunque sea yo quien esté al volante.

Llegamos a casa, me ducho, cenamos, dejo que todos se acuesten, su madre y yo nos despedimos de Roberto, como todas las noches.

Me dirijo al salón y abro el ordenador. Es la una y no se me ocurre nada. Son las dos y tampoco. Ya sé que esta noche no voy a dormir.

Qué escribir.

Me gustaría escribir que hay una edad en la vida en que sabes que ya no crecerás más y en la que todo lo mides por los centímetros del otro. Por la altura que va tomando. Por su forma de mirar. Por lo que apunta el adulto que asoma en el hijo y no por lo que ya emborronaste tú.

Que da igual que uno no tenga remedio, que lo crucial es que lo tengan ellos.

Me gustaría poner que, después de todo, de eso van el verdadero éxito y el verdadero fracaso. De nada más. El trabajo en la editorial o en el hospital. El lugar de residencia: Boadilla o Carabanchel. La reputación. Todo importa una mierda si logras poner a tu hija a salvo en uno de los botes del *Titanic*. Porque no hay peor sensación de fracaso que ver cómo se te ahoga una hija. Ese hundimiento contigo arriba, corriendo desesperado por la cubierta sin acertar con el salvavidas.

En la redacción que me ha pedido Diana explicaría que el fracaso es que tu hija esté delante, pero en otro sitio. Que apenas se deje ver y que, cuando lo hace, no se avenga a



escuchar. Que tenga muchos libros en las estanterías de casa, pero ninguna novela dentro.

Me gustaría contarles a esos padres de la terapia que mañana también apagaré cansado el ordenador después de teletrabajar, que haré la cena, que la llamaré y estará en Marte, que nos sentaremos a medio metro de distancia pero que, en realidad, estará a veinte, que recogerá y se irá, que hace ya mucho tiempo que habla muy poco, que la nevera está llena, pero que todo está vacío, que tengo la calefacción encendida mientras escribo esto, pero que se me ha metido este frío.

Les diría a esa madre y a ese padre que estoy seguro de algo: que cambiarías todas tus cosas, tus tesoros, las medallas, los logros profesionales, por solventar ese probable fracaso. Que no es el de tu hija. O no solo el de ella. Sino sobre todo el tuyo.

El de una persona que sostiene un marco entre las manos, pongamos.

Uno en el que aparece una hija jugando en Pirineos. Muy contenta. A los trece años. A esa edad en que una niña todavía no sabe que un día dirá en voz alta que quiere a su padre muerto.

Eso es lo que me gustaría escribir. Porque escribir también es ficcionar.

Escribir que somos una familia normal, como cualquier otra. Una familia con dos sueldos normales. Con una hija aparentemente tan normal (he escrito aparentemente) como las de los demás. Con un día a día donde no hay violencia expresa, ni drogas, ni delincuencia, ni grandes noticias, ni brotes psicóticos, ni insultos, ni platos rotos, ni protagonistas excesivos, acaso silencio.

Un silencio que no supimos romper desde el principio, que deberíamos haber quebrado de un hachazo a tiempo, que nos dio miedo aventar después, mientras Inés crecía y crecía feliz y olvidadiza junto a su hermano, y que hoy devora la convivencia muy lentamente.

Vistas desde lejos, todas las familias parecemos normales.

Pero cruzas una puerta ajena, o abres un sobre escondido, o tienes la posibilidad de ser invisible y colarte en un salón que no es el tuyo, o bajas a un trastero. Y entonces descubres algo.

Descubres que todos tenemos una historia que no queremos contar. Una historia que haría que nos mirasen distinto. Una historia que siempre sucede de puertas adentro, una historia que a veces solo conoce un miembro del clan y que uno trata de mantener en secreto para que la familia siga siendo normal.

Esa historia que hace que mi familia no sea normal he decidido contarla aquí y ahora.

Cuando alguien la lea, a lo peor, ya no nos ve como una familia normal.

O, a lo peor, le recuerda a esa otra suya. A esa historia que calla para que los suyos no salten por los aires con el explosivo de los otros. Por culpa de una mecha que encienden los demás.

Eso es lo que escribiría, todo eso.

Y luego le daría la palabra a Inés.